

Nota 15:

Está el cántico ese que hacemos por lo del faraón y Moisés. Cuando el Señor abrió el mar Rojo pa que su pueblo lo atravesara. El viejo faraón salió tras ellos, pero ¡entonces las aguas se les echaron encima! Así que decimos, las huestes del faraón se perdieron, y hacemos un corro pa entonar un cántico por lo mucho que debió de alborotar y llorar al verlo. Yo era un crío cuando los soldaos de la Unión vinieron a hablar del jubileo. Siempre he pensado que sus uniformes azules eran como las aguas que se tragaron al viejo faraón, porque los cabrones del amo y la ama alborotaron y lloraron de lo lindo cuando nos vieron marcharnos [risas].

Entrevista con el tío Will, de sesenta y siete años,
transcrita a partir del gulá por Emma Krauss
(en adelante, EK).

1

¿Alguna vez has visto una marcha de klanes? Las que tenemos en Macon no son gran cosa, al contrario que en Atlanta. Pero en esta ciudad de cincuenta y tantos mil habitantes hay klanes suficientes pa montar una marcha de necios cuando les da por ahí.

Esta es en martes, Cuatro de Julio, que es hoy.

Hay un grupo que desfila por Third Street, tos vestíos con túnicas y capuchas blancas. Ninguno lleva la cara tapá. Dicen que después de la Guerra Civil los primeros klanes se cubrían con fundas de almohás y con sacos de harina antes de ponerse a hacer sus bellaquerías, y que hasta se entiznaban el cuerpo pa hacerse pasar por gente de color. Pero en 1922 estos klanes no se molestan en pasar desapercibíos.

Tos ellos (hombres, mujeres, hasta klanes críos) van por ahí como si hubiesen salío un domingo a merendar. Llevan to tipo de fuegos artificiales: bengalas, buscapíes, cohetes y unas cosas que suenan como cañones. Una banda compite con el alboroto, pero juro que no hay nadie que acierte a aplaudir a su son. Con tanto agitar banderas y tanto brinco, hasta se te puede olvidar que son monstruos.

Pero yo me dedico a cazar monstruos. Y los reconozco en cuanto los veo.

—Un ku kluxito mueeerto —tararea una voz junto a mí—. Dos kluxitos mueeertos, tres kluxitos mueeertos, cuatro kluxitos, cinco kluxitos mueeertos.

Miro a Sadie, que está agachá a mi lao, el pelo castaño recogió en una trenza larga que cuelga sobre uno de sus hombros. Tiene un ojo entrecerrao y por la mira de su fusil observa a la gente mientras termina de canturrear, haciendo como que aprieta el gatillo.

«¡Clic, clic, clic, clic, clic!».

—Para ya. —Aparto el cañón del fusil con un libro estropeao—. Si esa cosa se dispara, me dejas sorda. Además, podrían vernos.

Sadie me mira con sus enormes ojos castaños y los pone en blanco, a la vez que retuerce los labios y escupe un grumo de tabaco en la azotea. Hago una mueca de asco. Esta chica tiene unas costumbres pero que muy feas.

—De verdad, Maryse Boudreaux. —Se echa el fusil sobre el peto azul, demasiao grande pa alguien tan delgá como ella, y se lleva las manos a las caderas, en to su esplendor de aparcera avainillá enfurecía—. Siempre tienes que estar preocupá. ¿Qué tienes, veinticinco años u ochenta y cinco? A veces se me olvida. Aquí arriba como mucho nos verán los pájaros.

Señala unos edificios que se levantan más allá de los cables del telégrafo del centro de Macon. Estamos en lo alto de uno de los antiguos almacenes de algodón cercanos a Poplar Street. Tiempo atrás, toa esta zona albergaba el algodón que venía de las plantaciones y lo enviaba por el Ocmulgee en barcos de vapor. Aquellas pelusas blancas empapás del sudor y la sangre de los esclavos fue lo que levantó esta ciudad. Ahora en los almacenes de

Macon sigue habiendo algodón, pero to va pa las hilanderías de la región y el ferrocarril. Al ver a los klanes recorriendo las calles me acuerdo de cuando los fardos blancos, todavía empapaos del sudor y la sangre de la gente de color, circulaban dirección al río.

—No sé yo —dice Chef. Está sentá con la espalda contra la pared de la azotea, tiene los labios negros cerraos sobre la colilla de un Chesterfield y nos mira con su habitual sonrisa de satisfacción—. En la guerra siempre andábamos atentos a los francos. «Con un ojo mirad al barro; con el otro, al frente; y con los dos, arriba», nos advertía siempre el sargento. Cuando alguien gritaba «¡Francotirador!», salíamos por patas. —Bajo la visera de una gorra estrecha y de color mostaza del ejército, los ojos se le aprietan y la sonrisa se le desvanece. Se saca el pitillo y deja escapar una espiral blanca—. Cómo odiaba a los jodíos francos.

—Esto no es la guerra —replica Sadie. Las dos la miramos raro—. Me refiero a que no es una guerra de esas. Ahí no hay nadie atento a los francos. Además, a Winnie solo la ves antes de que te meta un tiro en el entrecejo. —Se da un par de golpecitos con el deo en la frente y saca una sonrisa torcida, con el carrillo inflao por un cuajarón de tabaco.

Sadie no es ninguna francotiradora. Aunque no miente: podría acertarles a las alas de una mosca. Ni tampoco ha estao nunca en las filas del Tío Sam, na más que salía de caza con su abuelito en Alabama. «Winnie» es su Winchester 1895, con culata de nogal, tapa gris oscuro con grabaos y cañón de veinticuatro pulgás. Yo no entiendo mucho de armas, pero la verdad, es una máquina de matar preciosa.

—Tanto esperar me pone de los nervios —resopla mientras se tira de la camisa de cuadros rojos y negros que lleva debajo del peto—. Y yo no me entretengo leyendo cuentos de hadas como Maryse.

—Cuentos populares. —Levanto mi libro—. Lo pone en la cubierta.

—Llámalos como quieras, pero las historias sobre el hermano Zorro y el hermano Oso no dejan de ser cuentos de hadas.

—Son mejores que esos periodicuchos que lees tú —replico.

—Pues to lo que dicen es la verdad. Ya lo verás. En fin, ¿cuándo vamos a matar a alguien? ¡Esto se me está haciendo interminable!

Eso es cierto. Ya llevamos aquí tres cuartos de hora y estar bajo el sol de Macon a mediodía no hace ninguna gracia. Mis atildás trenzas, que me había recogío con una horquilla, se me han humedecío, tapás como están con una gorra marrón de repartidor. El sudor hace que la camisa blanca de rayas se me pegue a la espalda. Y los bombachos de lana gris no son mucho más cómodos. Preferiría llevar un vestío holgao de verano alrededor de la cintura pa no asarme. No sé cómo los hombres pueden ir tan abrigaos.

Chef se pone de pie, se sacude el polvo y saborea la última calá que le da a la colilla del Chesterfield antes de aplastarla con una bota militar descoloría. Siempre me llama la atención lo alta que es: desde luego, más que yo, pero también más que muchos hombres. Y además está muy delgá, to brazos y piernas largos y negros, que lleva protegíos con una camisa y unos pantalones de soldao

marrones. A los hombres del káiser se les debió de atragantar el chucrut al verla cargar contra ellos junto con los Black Rattlers durante la Meuse-Argonne.

—En las trincheras, los únicos seres vivos que había aparte de nosotros eran los piojos y las ratas. Con los piojos no había na que hacer, pero a las ratas podías comértelas. Solo hacían falta el cebo y la trampa adecuados.

A Sadie le viene una arcá, como si se hubiera tragado el tabaco.

—Cordelia Lawrence, de toas las historias asquerosas que nos has contao sobre esa maldita guerra, ¡esta es de lejos la más repulsiva!

—Cordy, ¿comíais ratas?

Chef suelta una risita antes de retirarse. Sadie me mira y hace como que vomita. Me aprieto los cordones de mis polainas verdes, me levanto y me guardo el libro en uno de los bolsillos traseros. Cuando alcanzo a Chef, ya está al otro lao de la azotea, asomá al filo.

—Como decía —continúa—, pa atrapar a una rata, se necesitan el cebo y la trampa correctos. Después, solo hay que esperar a que caiga.

Sadie y yo seguimos su mirá hasta el callejón de detrás del edificio, apartao del desfile y donde es difícil que nadie se acerque. En medio hemos coloco el cebo: una perra muerta. La hemos despedazao y hemos espurreao las vísceras rosas y sanguinolentas sobre los adoquines, entre la piel negra y chamuscá. El hedor llega hasta aquí arriba.

—¿Hacía falta trocearla así? —pregunto con el estómago revuelto.

Chef se encoge de hombros.

—Si quieres cazar abejas, hay que enseñarles la miel.